

El día del Señor

Podemos dividir el frente de lucha en la humanidad contemporánea entre protagonistas y espectadores. Entre los que arriesgan su vida dejando girones de ella esparcidos en la arena marcada con su sangre, y quienes aplauden o disfrutan en las tribunas azuzando el combate, pero sin tocar en un hálito siquiera el fragor de la tormenta.

Hay quienes viven ociosamente, denuncia Pablo en su carta de hoy. Jesús pone en guardia contra los falsos mesías y los pseudo-profetas. Malaquías pide fuego abrasador contra "malvados" y "corruptos" y avisa que los arrogantes serán paja para atizar el fuego. Todo un contraste de espectadores que desde diferentes tribunas impiden el desenlace exitoso de la brega cotidiana.

Queda pendiente, como crepúsculo insinuado, *el día del Señor*. La mentalidad popular lo intuye como llegada de su Reino, juicio universal, confluencia de todos los caminos, reivindicación de los auténticos protagonistas. Pero es un día tan desapercibido, tan silencioso que se confunde con el ritmo de la historia y abre toda penumbra a la luz de la esperanza.

Pablo entreteje su vida en la construcción de tiendas con las que amasa su pan en el sudor de su frente. No ha querido ser carga para nadie. Y tras el templo que queda derruido, aparece la tienda, signo providencial como resguardo y encuentro de toda la familia "nómada", peregrina hacia la meta definitiva. Esta provisionalidad e intemperie marca el fin del mundo como el comienzo de la novedad infinita que nos desborda.

Cochabamba 14.10.10

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com